

**LA HIJA DEL
SOLDADO
DESCONOCIDO**

**LA TUMBA
DEL NADADOR**

Juan Pardo Vidal



124/Novelas

Primera edición en SLOPER: enero de 2023
Logotipo de La Noche Polar: Álex Fito
Logotipo de Sloper: Max
Imagen de portada: © ilustración de Pepa Cobo

La hija del soldado desconocido. La tumba del nadador.

© Juan Pardo Vidal

© Sloper, S. L.

C/ Victoria, 2, 3º C

07001 Palma de Mallorca

www.editorialsloper.es

Depósito Legal: PM 00003-2023

ISBN: 9788417200763

La hija del soldado desconocido

La tumba del nadador

ÍNDICE

| | |
|---------------------------------|-----|
| La hija del soldado desconocido | 11 |
| La tumba del nadador | 129 |

LA HIJA DEL SOLDADO DESCONOCIDO

A mis padres

Al contrario de lo que suele pensarse, los más peligrosos enemigos acechan siempre desde una distancia demasiado corta como para permitir que nos defendamos cómodamente.

ÁNGEL OLGOSO

El lunes 15 de septiembre de 2008 Jürgen se despertó con la noticia de que el gigante de inversión Lehman Brothers, una entidad financiera que comerciaba con las hipotecas basura que ellos mismos y otros bancos suscribían y vendían, había quebrado. Sentado en la taza del váter seguía escuchando el run-rún de la noticia desde la radio despertador que había sobre la mesita de noche en la habitación contigua. Ya frente al lavabo se cepilló los dientes y exhaló una bocanada de aire caliente sobre la cuenca de la mano para comprobar que el mal aliento había desaparecido. Hizo varias muecas al espejo y, como sabía que las malas noticias nunca vienen solas, abrió la boca para cerciorarse de que no había ninguna sombra de caries en las muelas. Al levantar la cabeza una punzada le atravesó la ceja izquierda, le dolía la cabeza más de lo que habría sido lógico suponer teniendo en cuenta lo que había bebido la noche anterior. El tumor con el que convivía desde hacía años punzaba como un amante celoso, le reprochaba que de un tiempo a esta parte no le prestaba la atención que merecía. Parecía estar llamando con los nudillos a una puerta que permanecía cerrada, justo encima de la

ceja, era una zona indeterminada entre la frente y el nacimiento del pelo. Cerró un ojo. Preparó un café bien cargado y se sentó frente a las cristaleras de la terraza a ver el sol que había asomado sobre la línea azul del horizonte, el mar tenía un azul oscuro intenso, metálico.

En la radio las señales horarias anunciaron que eran las 7:30 de la mañana. Cogida con ambas manos se acercó la taza de café a la nariz e inhaló los vapores mientras estuvo muy caliente, observó un velero que se alejaba de la ensenada navegando en bolina, ceñía contra el viento, a pesar de eso avanzaba zigzagueando. Supuso que en la sucursal le esperaba un día muy parecido.

En la oficina el teléfono sonó durante toda la mañana, la sien le palpitaba, todo el mundo quería saber qué demonios pasaba. Con el hombro izquierdo sostenía el auricular mientras con el ratón en la mano derecha entraba y salía de las páginas que aparecían, una tras otra, en la pantalla del ordenador que tenía delante. Atravesadas por haces de luz las noticias que anunciaban la crisis y las partículas de polvo que flotaban en el aire se hacían visibles. La Bolsa se desplomó. Llamaron por la otra línea y le dijeron que quien había muerto no había sido ese banco de inversión, sino su madre. Su madre.

Una delgada línea eléctrica le atravesó de nuevo la frente produciéndole un intenso dolor que duró sólo un instante. Se masajeó la ceja derecha y los movi-

mientos circulares de los dedos aliviaron esa zona donde el impulso había terminado su recorrido devastador. Permaneció en silencio unos segundos, los suficientes para que su interlocutor, desde el otro lado de la línea telefónica y sin otro objetivo que asegurarse de que no se había interrumpido la comunicación, repitiera dos veces «¿sigue usted ahí?». El tumor se desvaneció y Jürgen respondió que sí al policía judicial con el que hablaba por teléfono. Luego, dijo que no sabía si ella padecía alguna enfermedad.

—No teníamos mucha relación, ¿entiende? ¿Está segura de que es ella?

—¿Es usted Jürgen Schröder? —preguntó con faltas de ortografía.

—Sí.

—Pues entonces ha de acercarse a la morgue de Lanjarón para confirmar que, efectivamente, se trata de su madre.

—Vivo en San José, un pueblo de Almería, estoy a tres horas en coche de allí. No sé cuándo podría llegar.

—¿Sabe si estaba enferma?

—Le repito que no teníamos relación pero, que yo sepa, mi madre nunca estuvo enferma. Jamás. Es verdad que había bebido y consumido, el control de sangre va a ser muy divertido, sin embargo yo no recuerdo que acudiera ni una sola vez al médico.

—Entiéndame, no está usted obligado a venir, pero no me consta que exista ningún otro familiar de la fallecida. Nos ha costado trabajo dar con usted.

—No, no hay nadie más.

Cuando le han comunicado que su madre había muerto, Jürgen no ha preguntado nada, ni cómo había ocurrido, ni si la causa de la muerte había sido un accidente o una larga enfermedad, nada, no le ha asaltado ninguna duda y tampoco ha tenido ganas de llorar. Hay dos clases de tristeza: una es seca, adusta y silenciosa, tal vez viaja hacia dentro; la otra, en cambio, es húmeda y hace ruido. Ésta última puede confundirse con la desesperación, ésa es la que provoca las lágrimas. Las lágrimas guardan una relación más estrecha con la impotencia que con los recuerdos. Cuando le han comunicado que su madre había fallecido, en lugar de pensar en cómo habría ocurrido, o en qué estaría haciendo ella en ese momento, o si en el último segundo de su vida le habría dedicado un pensamiento, cuando le han dicho que su madre había muerto se ha acordado del momento de la traición. Normalmente no frecuentaba ese cajón donde se guardan los recuerdos, pero esta vez sí que lo ha hecho, se ha ido directo hacia el cajón y lo ha abierto, ha tirado tan fuerte del asa que casi se le cae dentro de la cabeza. Eso ha sido lo primero que ha pensado, el momento exacto de la traición.

Jürgen tiene tres días para olvidarla. Son pocos días para olvidar a una madre pero es que no tiene más, tal vez incluso le sobre alguno. Tres días es el permiso que le han dado en el banco por el fallecimiento de un familiar de primer grado.

—Anda que tu madre no podía haber elegido otro día para morir. Ya le vale.

Seguro que algún compañero de trabajo ha murmurado que él no debería disfrutar de esa licencia, casi todos saben que llevaba muchos años sin tener contacto con ella.

Trabajar como bancario no es algo muy usual para el hijo de una hippie de origen alemán. El inglés y el alemán fluidos fueron fundamentales para conseguir una plaza en la sucursal de San José, en el corazón del Parque Natural de Cabo de Gata. El alemán fue su lengua materna, el inglés lo aprendió de una pareja de su madre.

Jürgen creció en una caravana con las ruedas pinchadas, estacionada en el camping de Órgiva. Desde niño tenía el pelo largo y un pendiente en la oreja, vestía como un pirata infantil. Durante los últimos años se ha ganado la vida vestido con chaqueta vendiendo planes de ahorro y fondos de inversión en un local con el aire acondicionado innecesariamente alto. No había que ser diplomado en Empresariales —y él lo era— para saber que se aproximaba una crisis, y tampoco había que tener mucho sentido de la moralidad para estar seguro de que lo que hacían no estaba del todo bien, por mucho que el director los presionara hablándoles de objetivos y de que no era cosa suya, de que si fuera por él, ya ves, pero es que esto viene de arriba y, o colocamos estos productos —cada vez que oía esa palabra no podía evitar pensar en alimentos envasados—, o nos ponen a

todos de patitas en la calle y nos sustituyen por máquinas o por becarios. Es lo que hay.

Esa frase quería decir que había terminado la conversación. Es lo que había.

Nadie vio venir la ola, el tsunami que arrasó los días felices de mucha gente, había que buscar un culpable para la crisis, una razón, un algo. Jürgen no estaba preocupado, pensaba que si lo despidieran podría montar una tienda de menaje con los ahorros que tenía y centrarse definitivamente en el mismo trabajo que venía desempeñando hasta entonces: vender ollas y baterías de cocina.

Tras la caída de Lehman Brothers ha tenido ganas de decirle a todo el mundo «os lo dije». Cualquiera quiere decir «os lo dije» si se presenta la ocasión oportuna para hacerlo, es un deseo irrefrenable, cualquiera ve venir el futuro después de que haya llegado, cualquiera puede adivinar el pasado. Pero él y su tumor presintieron la crisis antes de que ocurriese y pusieron a la venta lo poco que tenían. Se deshicieron de las acciones y los fondos de inversión que ellos mismos habían suscrito durante los años de bonanza, también del apartamento en el puerto que habían comprado, tres años atrás, con una hipoteca a bajo interés para empleados. Ahora Jürgen vivía de alquiler en un lujoso chalet en la zona norte de San José. El salón con el suelo de madera oscura y envejecida estaba acristalado de tal manera que sentado en él se podía contemplar toda la bahía, era una estampa tan

hipnótica como el fuego de una hoguera. El precio del alquiler fue irrisorio teniendo en cuenta las características de la casa, el propietario buscaba a alguien de confianza, alguien del pueblo que cumpliera algunas condiciones. La principal era la de convivir y cuidar de su perro durante los últimos años de su vida. Un labrador de color chocolate con dieciséis años de edad, medio ciego y dolorido de los cuartos traseros, un buen perro, amable, había vivido en esa casa durante tanto tiempo que el dueño, al tener que trasladarse por motivos de trabajo a Madrid, no quiso que el animal tuviera que pasar los últimos años de su vida encerrado en un lujoso piso de 80 metros en el centro de Madrid, lejos de su hogar. Cuando era joven había sido el lazarillo de su hermano invidente, sabía echar la patita y ladrar cuando oía la palabra *gato*. Cuando escuchaba las llaves de Jürgen tintineando al abrir la cerradura de casa se acercaba a la puerta tan rápido como se lo permitían sus caderas, movía el rabo con insistencia y decía, con unos ladridos algo roncós y apagados, hola, en perro. Lo sacaba a pasear dos veces al día, renqueante por el camino de tierra que hacia el oeste conduce hasta la Playa de los Genoveses por la ladera de la montaña. Volvía a casa, exhausto, veinte minutos después y dormitaba el resto del día, cambiando de una habitación a otra, según la hora del día y los rayos de sol que entraban por los grandes ventanales. A veces ni siquiera se levantaba cuando escuchaba el frufrú de la bolsa de pienso al agitarla.

El chalet, encaramado en la colina oeste, frente a la bahía de San José, era una propiedad delegada del perro y Jürgen no era más que su invitado, un asistente social que lo cuidaba, una enfermera, eso siempre lo tuvo bien claro. Brown era su casero, el perro más listo y más viejo que había en San José y en el mundo, a veces Jürgen le hablaba en alemán y a veces en inglés, pocas veces le decía algo en español, Brown entendía los tres idiomas o ninguno. A pesar de que sólo llevaban dos años conviviendo juntos, Jürgen había acabado amándolo tanto como si hubiera estado a su lado toda la vida.

La otra condición para vivir en esa casa con un alquiler tan asequible era la de dejar libre la vivienda durante el mes de agosto y las vacaciones de Semana Santa y Navidad para que el propietario la ocupara. Durante ese tiempo él se trasladaba a un piso en el barrio del Zapillo, también frente al mar, cerca del centro de la ciudad. A pesar de que sólo lo usaba durante los periodos de vacaciones y en las contadas ocasiones en las que viajaba a la ciudad, mantenía el piso compartido a medias con un amigo. La población donde trabajaba tan sólo estaba a unos cuarenta minutos en coche y esto no suponía un problema insalvable para él.

Intentó sonreír y le salió una mueca, pensó que desde hacía mucho tiempo sólo se había equivocado en todo. El tumor quiso animarlo, «venga, Jürgen, arriba», le dijo. En cambio su cerebro, que era más

pesimista y procesaba los datos más lentamente que el tumor le susurró, «te lo dije». A veces podía pensar dos cosas a la vez, simultáneamente era capaz de compatibilizar un pensamiento determinado y su contrario. Él sabía que una de las posturas era un razonamiento de su cerebro, y la otra la opinión del tumor que desde los tiempos de la universidad se alojaba en una zona bien localizada cerca de la sien derecha. Calculaba que debía de tener ya el tamaño de un huevo pequeño del Mercadona. Un huevo que había sido antes que la gallina.

Mientras terminaba de anotar un ingreso en caja ha reparado en que si ha de ausentarse del banco durante unos días tendrá que pedirle a su vecina, la señora Pell, que cuide de Brown. Es una mujer de unos sesenta y cinco años, resulta difícil aventurar su edad, no viste como una mujer mayor, es delgada, con una belleza que se resiste a marcharse, nunca va maquillada y tiene el pelo largo, completamente blanco, cogido con una cola alta como si tuviera treinta años, siempre usa gafas de sol, incluso dentro de casa. Jürgen le ha dicho infinidad de veces que se case con él, pero ella se ríe halagada y no hace mucho caso a sus zalamerías.

—Yo ya estuve casada contigo, pero no te acuerdas porque tú entonces eras muy joven —le dice.

Siempre le responde algo incomprensible, tiene ese encanto de lo inasible. La señora Pell también tiene un perro, se llama Ed, es un animal muy inteligente,

un border collie de la edad de Brown, dice que es exactamente igual a uno que tuvo hace ya muchos años. Los dos perros viejos, Brown y Ed, salen a pasear como salen los ancianos a los parques, se cuentan sus achaques, se huelen el culo y se gruñen cuando un arrebatado de vitalidad pasajero les hace molestar al otro. Jürgen ha de pedirle a la señora Pell que cuide de Brown durante su ausencia, no le cabe ninguna duda de que aceptará encantada. Jürgen la llama por teléfono y le cuenta lo sucedido.

—¿Qué pasa, Jürgen?

—Acaban de comunicarme que mi madre ha fallecido. Podría usted cuidar de Brown en mi ausencia. He de ir a un pueblo de Granada. Tardaré unos días en volver.

—Claro, que sí, por supuesto.

—Es usted un cielo, cátese conmigo.

—Quizás en la próxima vida.

—Pues en la próxima vida preferiría ser su perro que su marido. A su perro no lo abandonaría nunca.

Escucha la carcajada por el auricular del teléfono. Se ríe muy bien, sabe hacerlo. No es fácil reírse con clase.

—Jürgen, tú serías un buen perro —añade— porque eres listo y porque no se puede amar a un tonto. Además, ya tienes nombre de perro.

Se ha quedado mirando fijamente hacia la puerta de la sucursal bancaria donde está trabajando, aunque en realidad no la ve, lleva un buen rato sin parpadear y los

ojos le lagrimean, no es que esté llorando, no. Casi nadie lo llama Jürgen, sólo su madre lo hacía. Desde Primaria todo el mundo lo conoce como Jota, así lo llamaban en Órgiva, el pueblo de la Alpujarra granadina donde se crio, y así lo nombran en la oficina de San José donde trabaja. Encantado, mi nombre es Jürgen, pero todos me llaman Jota. En ese momento alguien pronuncia su nombre y se sobresalta, «Eh, Jota, abre la puerta, joder, que están tocando el timbre, ¿es que no lo oyes?». Un cliente que hacía cola dentro de la sucursal se acerca a la puerta y gira la manivela antes de que a él le dé tiempo a pulsar el botón que acciona el mecanismo para que ésta se abra. La señora que esperaba fuera lo mira con cara de mala leche, como diciendo «ahí podía seguir yo todavía». Jota no la ve porque sigue sin parpadear. Piensa en su madre, y cuando lo hace no puede evitar ir directo al momento de la traición. Recuerda con nitidez el instante en el que ha comprendido lo que estaba ocurriendo, ése es el momento al que regresa una y otra vez. No tanto a la traición como al segundo preciso en el que la comprende. Ése en el que todo encaja y el futuro se revela, ése que percute en la memoria, pum, pum, como el tumor. Es un problema de expectativas, siempre es un problema de expectativas, Jürgen no esperaba eso y, sin embargo, eso ocurrió. Nadie esperaba la crisis y, aun así, es lo que había sucedido.

Lo único que recuerda de aquel día con su madre es una imagen, la del abrazo. Combinada ésta con un

número grabado en su memoria, como si el dolor, en vez de en punzadas, pudiera medirse en unidades de millar, pongamos 2.000 traiciones. El número es 2.000. Siempre es una cuestión de números, es sencillo si sabes contar. Pero eso son muchas traiciones para un hijo, dos mil, piénsalo bien, anda, y si eres capaz cuéntalas con los dedos de las manos, verás que no te salen las cuentas, son muchas, hay un descuadre.

De aquel día Jota sólo quiere rememorar ese instante, el del abrazo, el resto no le importa. Le sorprende estar recordando sin rencor y, a la vez, de una manera tan diáfana que puede volver cada vez que quiere a ese preciso instante en el que comprende lo que ha ocurrido, puede rebobinar su memoria como si fuera un aparato reproductor, pasar las imágenes de delante hacia atrás, son muñecos ridículos, los detiene, pulsa, es capaz de saltar algunas escenas y reproducir otras a cámara lenta, recrearse en los detalles: la guardia civil entrando en la caravana vestidos de guardia civil, un registro, una orden judicial, un amigo de su madre durmiendo la mona en el sofá y su madre corriendo hacia Jürgen para abrazarlo, solloza, hijo mío, ven aquí, protegiéndolo o escondiéndose detrás de él, está descalzo, ella es más baja, Jürgen sólo tiene 17 años pero ya mide casi 1´90, tiene el cabello rubio y un tatuaje en el hombro que le sube hasta ser visible por encima de la camiseta, cerca del cuello. Es guapo, tiene la nariz griega y las mandíbulas prominentes, no parece español, ya se ha acostado

con muchas niñas bien de Capileira, de Yegen, de Pórtugos, de Órgiva, se ha acostado con hijas de agricultores, con hijas de hippies, con hijas de alcaldes. Un abrazo. Te quiero. Mamá, tranquila, tranquila. Y entonces no darse cuenta de lo que estaba pasando en realidad. Luego, llega el momento en el que la policía lo cachea y la bolsa de cocaína aparece en el bolsillo trasero de su pantalón vaquero, 25 gramos. Y la mirada acusadora de él hacia la madre, sin palabras, con ninguna palabra le pregunta «quién ha puesto eso ahí, madre, ¿has sido tú?».

Y ya no recuerda nada más, como si el resto se hubiera borrado de su memoria. De eso hace ya dieciocho años.

Después todo ocurrió muy deprisa, su ingreso en un centro de menores de Almería, los educadores sin corazón no eran lo peor allí, los más peligrosos eran los que sí lo tenían, los que querían ayudarlo, esos podían hacerle mucho daño, hay que tener mucho cuidado con el amor, eso ya le había quedado claro a Jota.

Pronto se supo la verdad, no había ni una sola huella de él en la bolsa de coca, fragmentos de huellas digitales de aquel tipo y también de su madre. Jota quedó libre sin cargos, su madre y él ingresaron en prisión. Jürgen siguió residiendo en el mismo centro en el que había sido internado acusado de tráfico de estupefacientes, pero ahora en régimen abierto, un caso raro, no había dónde meterlo. En 1990 la Junta

de Andalucía no disponía aún de un sistema de pisos de acogida o residenciales para varones cercanos a la mayoría de edad, su caso era único, tenía 17 años y ninguna familia extensa que lo acogiera. Estaba en un centro de reforma para menores delincuentes, pero en régimen abierto, era libre dentro de una cárcel. Su madre tendría que pasar seis años en prisión por un delito contra la salud pública y él un año viviendo libremente en una cárcel para menores. Un año después cambiaría de domicilio hasta que terminó sus estudios.

Su habitación estaba en la última planta, nadie reparaba en él, tenía libertad para entrar y salir, estudiaba si quería y comía si tenía hambre, en ese sentido su vida no había cambiado demasiado, a su alrededor todo el mundo tenía férreas normas, él muy pocas. Años atrás, en casa tampoco había normas, solo una, no salir de casa —de la caravana— sin la cartera y el DNI. En eso es en lo único en lo que su madre siempre fue inflexible. ¿Llevas la cartera, Jürgen? Ella pensaba que si tenías un accidente era importante que los médicos y la policía pudieran identificarte, creía que de no ser así, te enterrarían en un cementerio sin lápida como seguramente hicieron con su padre, un soldado alemán de la *Luftwaffe* que durante la Segunda Guerra Mundial desapareció en una misión aérea sobre territorio español y cuyo cadáver jamás fue identificado.

Jürgen, aunque por razones bien distintas, compartía con su madre el hecho de no haber conocido a

su padre. El abuelo de Jürgen contrajo matrimonio una semana antes de incorporarse a filas, a los dos amantes no les dio mucho tiempo a ser felices, ni a ser infelices. Con sólo veinte años, seis meses de noviazgo y una semana casados, sus abuelos se despidieron en Berlín y prometieron que volverían a encontrarse allí mismo cuando terminara la guerra, pero no lo cumplieron. Para entonces la madre de Jürgen ya estaba dentro del vientre.

Poco más de cincuenta años antes de que la guardia civil entrara en la caravana de Jürgen, un 1 de septiembre de 1939 los alemanes iniciaron el primer ataque sobre la ciudad polaca de Wileun. El abuelo de Jürgen marchó al frente y escribió una carta a la semana durante un año, conoció a su hija a través de una fotografía, luego llegó el silencio. La madre de Jürgen es la hija de ese silencio. Jürgen es el nieto de ese silencio.